

Madrid Cómico



20 cts.

En el restaurant.—Oiga, camarero, ¿tiene V. algo frío?
—Sí, señor; los pies.

Madrid Cómico

DIRECTOR PROPIETARIO

Manuel de Agustina Tolosa

Oficinas: Preciados, 17, ent.º — Teléfono 3.558.

← PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN →

Madrid: tres meses, 2,50 pesetas. — Provincias: seis meses, 5 pesetas. — Un año, 10 pesetas. — Extranjero: Un año, 15 francos.

Número suelto: 20 céntimos.

A todos los compradores se les regalará mensualmente, con sólo presentar en la Administración los números de cada mes, un ALBUM MUSICAL con 8 páginas de música y artística cubierta á dos colores.

LA MEJOR REVISTA DE TOROS QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA

ARTE TAURINO

COMPRE USTED TODAS LAS SEMANAS

REGALO de cuatro páginas del Diccionario Taurino Ilustrado, en forma encuadernable

PARA COMPRAR BARATO

A LOS GRANDES ALMACENES DE LA PUERTA DEL SOL, 15

1.500.000 pesetas de géneros en liquidación con 50 y 75 por 100 de rebaja.

Precios fijos: Horas de venta, de 8 á 1 1/2, y de 3 á 9.—Teléfono 913.

Se traspasan estos grandes locales.

ISIDORO GARCIA VILLA

MONGE

Muebles y tapicería de lujo

INFANTAS, 34

INTERESA

á los lectores y corresponsales de este periódico

FRUTA PROHIBIDA

Cuentos picarescos inéditos de D. Felipe Pérez Capo, un tomo elegantísimo con magnífica y sugestiva cubierta en colores: Dos pesetas.

A nuestros lectores y corresponsales se les enviará por 1,50 pesetas, más 0,25 del certificado.

Agendas Baily-Baillière para 1912

Agenda de Bufete

CONTIENE

Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.

Cuatro ediciones económicas.

En Madrid: 1, 1,50, 2 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Cuatro ediciones completas.

En Madrid: 2, 2,50, 3 y 4 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

MEMORANDUM

DE LA

Cuenta diaria

CONTIENE

Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos e ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor á que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.

PRECIOS

En Madrid: 2,50 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Agenda Culinaria

LIBRO DE LA COMPRA

que contiene 365 minutas y más de 700 recetas.

Explicación de la manera de condimentar los guisos que prescribe en los menús diarios.— Agenda en blanco para anotar al día los gastos de cocina.

PRECIOS

En Madrid, 2 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

AGENDA Médico-quirúrgica de bolsillo

ó Memorándum terapéutico, Formulario moderno y diario de visita.

CONTIENE

Diario en blanco para las anotaciones particulares. — Hojas para los trazados del pulso y temperatura. — Memorándum de terapéutica médico-quirúrgica y obstetricia. — Formulario. — Venenos y contravenenos. — Señas útiles á médicos, farmacéuticos y veterinarios, etc., etc.

PRECIOS

En Madrid... 2,50 pts.

Con cartera piel... 5,00 »

En Provincias, 0,50 más.

Agenda de Bolsillo

PARA

uso de Particulares.

Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc.

Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.

PRECIOS

EN MADRID

De dos días en plana... 1,50 pts.

Con cartera piel... 3,00 »

De un día en plana... 2,00 »

Con cartera piel... 3,50 »

En Provincias, 0,50 más.

DETABULLO LITERARIO



AMOS á complicar ligeramente la vida política con la literaria. Por fin, Francos Rodríguez ha dejado de ser Alcalde y su voluntad es volver á las lides periodísticas. Así se lo manifestó á los señores reporteros que van al Ayuntamiento.

—Sí, señores hincha-telegramas, muy pronto volveré á ser compañero de ustedes. Se volverá á aumentar el paquete de Africa cuando vaya artículo mío, como dijo Carlos Soler.

—Y ¿va Vd. á *La Tribuna*, D. José?

—No, querido. *La Tribuna* tiene un admirable director, como se nota á diario en el periódico. Y como escritor, ya ven ustedes, no ha escrito más que media columna en el segundo número y ya se ha hecho célebre.

—Cierto que es una gran adquisición. Cánovas para la política; Cervantes para las cosas literarias. Y los grabados salen muy bien; todas las noches publica unos cuantos muy interesantes: representan unas luchas de negros en un túnel.

—Por ahora no tengo periódico—agregó el Alcalde—. Me dedicaré á buscar un hueco...

Entonces el Sr. Linares Becerra le replicó con la galantería que le caracteriza:

—Pues, D. José, si usted acepta, yo le puedo ofrecer la dirección de *Palpalá*, semanario humorístico...

Lectores: ¿ustedes creerán que esto es un infundio? Pues yo les garantizo que es rigurosamente exacto.

**

El periodismo español está de enhorabuena por la vuelta á su seno del Sr. Francos Rodríguez, maestro de periodistas.

¡Qué estupendo foliculario, qué gran comediógrafo—acordaos de *El señorito* y de *El coco*—, qué fulminante, qué sagaz orador!

Siempre tendré presente aquel discurso suyo en los Juegos florales de Alicante.

¡Qué cosa tan admirable son los poetas! Vate quiere decir adivino. (Bien, bien, muy nuevo.) Y así, Lope de Vega adivinó el telégrafo cuando escribió

con la rapidez del viento
las noticias han venido...

(Ovación). Muchos casos hay en la historia.

Bartrina presintió que tal vez no hubiera cielo, y por

último, nuestro gran D. Ramón de Campoamor adivinó los Rayos X cuando dijo:

Para un viejo una niña siempre tiene
el pecho de cristal.

(Aplausos cerrados; el orador es sacado en hombros y paseado por las calles.)

**

Señores míos: la política es una gran piscina, donde nadan á su sabor los ilustres lenguados y los no menos perilustres deslenguados (véase Rodrigo Soriano).

Si los periódicos fuesen sinceros, veríanse noticias de esta especie:

«Ayer tomó posesión de la cartera de Destrucción pública el conocido ballenato Sr. H. Le hizo los honores de rúbrica al Ministro saliente nuestro querido amigo y particular besugo Sr. J. Se habla para una Subsecretaría de la pescadilla ateneísta Sr. Z.»

Los políticos no suelen saber nada de nada. Para medrar les basta su cuquería, su flexibilidad dorsal. Recordad á aquel Ministro de Instrucción que al visitar el Museo de Reproducciones destituyó al conservador al notar que á la Venus de Milo le faltaban los brazos.

—¡Esto es un abandono intolerable! ¡A ver, que le pongan unos brazos en seguida á esa estatua! Lo mando yo, que para algo soy el Ministro del ramo.

**

Mariano Mazas es el autor de *El bobo*, comedia estrenada en el Español. Tiene este hombre un aire señoril, una luenga melena de trovero y unos ojos ilusionados de místico español. Hay un contraste de suprema elegancia entre sus cabellos blancos y la liturgia de su traje negro.

El bobo es una admirable comedia, intensa y audaz. El tercer acto es el mejor; el problema se plantea y se resuelve con una gran lógica sentimental. El marido perdona por amor; por amor desprecia la sátira de los vulgos, la insidia de quien le llama *bobo*. Los bobos de la calle matan; este sublime *bobo* perdona y abre los brazos y el corazón. ¿Qué es más bello y más humano? Yo creo que el Sr. Mazas ha acertado, que su comedia tiene el precioso don de emocionar. Y la emoción es la cifra más alta del arte.

Emilio Carrere

LA FELICIDAD QUE PASA

(INGENUIDAD)

*¿Dónde vas, Alfonso doce?
¿Dónde vas, triste de ti?...*

Al lejos, en la placidez sensual de la tarde, se escucha el romance de la princesa muerta, cantado por vocecitas infantiles. Sobre el ancho tazón de la fuente, murmura su tonada cristalina el manantial. Derrama el sol su llanto de sangre sobre el *Angel caído*, haciendo más trágica, más dolorosa, la figura del que antes de luchar fué derrotado; del que teniendo alas para remontarse á la altura, cayó de golpe, triturándose, deshaciéndose, lanzando al morir una maldición ó una profecía, un juramento de rencor ó un suspiro de esperanza.

Los árboles y las matas que adornan el Retiro se yerguen con todo el verdor de sus hojas, con todo el perfume de sus flores. Los pájaros despiden con sus cantos al sol.

Dos niños llegan á la plazoleta por opuestos paseos; él tendrá once años, ella diez. La niña viste primorosamente; es bonita, delicada como una muñeca de *biscuit*. El niño va cubierto de andrajos; por las troneras de su gorra, se libentan los rebeldes cabellos.

El aro con que la mujercita jugaba se ha metido en un macizo de violetas; la jugadora lo mira y comienza á llorar.

—¿Por qué lloras? interroga el niño acercándose.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Mi aro!...—suspira ella acongojada.

—No te apures, tonta. Y diciendo esto y andando sobre las puntas de los pies entra el niño en el macizo de violetas sin maltratar ninguna.

—¡Que te va á ver el guarda!

Hay un momento de silencio. El niño sigue andando entre las flores y sonrío triunfante cuando está junto al aro.

—Toma.

—¿Quieres jugar un rato con él?

—No; gracias.

—Me lo echaron *los Reyes* el año

pasado. Además, me regalaron un bastidor y una muñeca que cerraba los ojos. ¿Y á ti?

—¿A mí?... Nada.

—No les pondrías los zapatos en el balcón.

—¡Zapatos!... ¿No ves que voy descalzo?

Torna el silencio. Después el niño continúa:

—A *los Magos* les puse unas alpargatas rotas que tenía, pero... no me dejaron nada.

—No pasarían por tu calle.

—Sí pasaron. Frente á la ventana de mi buhardilla vive un duque... Al hijo del duque le llenaron el balcón de juguetes. Cuando vi aquello lloré mucho, mucho...

—¿Y no te consoló tu papá?

—¿Papá?... Yo no tengo papá.

—¡Se te habrá muerto!

—No lo he tenido nunca.

—¡Ja. . ja... ja!... ¡Qué guasón eres!—dice la niña riendo á carcajadas que suenan en la caída de la tarde como sarcástica blasfemia.

—No te creas que es broma.

—Y madre, ¿tienes?

—Tampoco.

—¿Vives solo?

—Vivo con una mujer que me cogió en una noche de escarcha de en medio de la calle y me llevó con ella para que creyesen las gentes que era su hijo y la diesen más limosna. Todas las mañanas me lleva á la puerta de San Luis. Por la tarde salgo yo solo.

—¿A distraerte?

—A seguir pidiendo...

—!...!

—Cuando no llevo dinero me pega y me llama gandul...

Los dos se ponen tristes.

—Toma—dice la niña—estos cinco céntimos. Me los ha dado mi padre para que compre torraos, pero... tómalos tú. Oye, ¿cómo te llamas?

—Juan.

—¿Y qué más?

—Juan nada más. ¿Y tú?

—Yo, Luisa Bustamante de Reinosa. Las voces infantiles siguen cantando á lo lejos:

*Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi...*

—¿Qué miras, Luisa?

—Las violetas.

—¿Te gustan?

—Mucho.

—¿Quieres unas pocas?

—¿Y si viene el guarda?

—No, tonta... Verás. Voy á cogerlas

—Y aquella rosa también, ¿eh?

—Sí.

Vuelve el niño á entrar en el macizo. Sus manos inexpertas van arrancando moradas florecillas.

—Ya bastan. Sal de ahí.

—Voy por la rosa.

Cruje el tallo y la flor se desprende.

—Tráelas. ¡Qué bonitas!... Pero ¿qué tienes en la mano?

—No es nada.

—¡Sangre!

—Me he clavado una espina.

—Verás. Yo te la sacaré. Estáte quieto... Así... Ya está. Ahora que te dé un beso en ese sitio tu... Ya no me acordaba.

—¿Un beso?

—Sí

—Nunca me lo han dado.

—¿Nunca? Te iba á decir antes que te lo diese tu mamá, pero... ¿Tienes una hermana?

—No. Yo no tengo nadie que me bese. ¿Cómo sabe un beso?

—Sabe... Sabe... No sé como decirte.

—¡Si yo tuviera quien me besara!

—¿Tienes muchas ganas?

—Muchas.

Sin una palabra, sin una exclamación, la niña y el niño unen los labios y suena un beso ingenuo, limpio...

—Me llaman. Adiós, ¿eh?

—Espera, Luisa.

—No puedo. Adiós.

La niña sale corriendo de la plazoleta. El niño llora silencioso poniendo sus ojos en el *Angel caído*.

*Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi...*

sigue cantando el coro lejano de voces infantiles en la sensual placidez de la tarde...

Joaquín Dicenta

(hijo.)

BOCETO

I

Me desperté cuando ya hacía unas horas que el sol alumbraba la habitación. Mi primera impresión fué el notar que tenía el cuerpo dolorido á consecuencia de la pasada mala noche. Sacudí la pereza saltando del lecho, y me disponía á zambullir la cabeza en la casi rebosante jofaina, cuando vi que en el blanco mármol de la mesa que me servía de despacho se destacaba una azulada carta.

Como durante mi estancia en la Corte no había tenido correspondencia con nadie, excepción hecha de mis padres, algo perplejo quedé cuando hube observado que no era de éstos la misiva.

Dándola vueltas en mis manos, observaba los caracteres escritos, como

si no hubiera sido más sencillo el abrirla de una vez y más pronto salir de dudas.

Al fin, lo verifiqué y un gesto de asombro me contrajo el rostro; dudé sobre si era cierto lo que leía, si mi vista no me engañaba.

Estaba concebida en estos términos: «Ante las reiteradas súplicas de mi hija, consiento en ceder y retirar las palabras que anoche le dirigí, por lo cual le esperamos hoy á comer, no dudando que usted habrá olvidado las referidas frases. Sin más, se despide suyo afectísimo seguro servidor,

Bartolomé Peñarúa »

Prodújome su lectura una sin par alegría de momento; pero después... las reflexiones hicieron moderar cruelmente mi desmesurado júbilo.

¿Debía asistir á casa de mi novia?
¿Me resignaría á olvidar las injuriosas

palabras? La contestación á la primera pregunta fué de asentimiento; á la segunda no fué igual. ¿Circunstancias? Las siguientes:

Un año hacía que mantenía relaciones con Milagros Peñarúa, hija del firmante de la carta antes transcrita y el cual era un acaudalado comerciante que observaba contento hasta los más minios detalles referentes á mi persona. Yo, hijo de padres pobres, vivía y vivo en una casa de huéspedes, y sólo esperaba la convocatoria que finara mis estudios y realizara mis amorosas aspiraciones en lo que se refería á Milagros.

Llegó aquélla, y aunque había estudiado bastante, me fué la suerte adversa y fuí reprobado. Sentíalo primero por mis padres, á quienes el permanecer yo en la capital suponía unos meses más de dolorosas privaciones, y después por ella, á quien quería con toda la fuerza de mis veinte años. Sabía que

los padres se negarían á hacerme la entrega de su hija sin haber concluído la carrera; pero yo tampoco sin ella me hubiera atrevido á explanar la petición de enlace.

Habían pasado unos días después de mi derrota, y mis pasos se dirigieron una noche hacia su casa. Cuando mis labios la publicaron, se me acercó grave y austero el padre, que me lanzó estas frases imborrables: «Entonces supongo que ya para nada se acordará usted de mi hija, y si no piensa así, yo se lo notifico; pues no quiero que nadie se lucre con lo que á mí tanto sudor me ha costado el ganar.»

¿Que qué efecto me produjeron las anteriores palabras?

Primero, sorda ira que me hubiera hecho destrozarle entre mis manos; luego... vi á ella, que con los ojos enrojecidos me miraba suplicante, me acordé que era su padre el que tales insultos me dirigía y anonadado salí sin despedirme, con un ahogo que deseaba hacer estallar en sollozos, que no salieron...

Hasta muy tarde pasé la noche con unos compañeros, y por medio del vino procuré borrar de mi mente el recuerdo de la escena.

Mucho quería á Milagros. ¿Pero es antes el amor que la dignidad? Para algunos, tal vez sí; para mí, ¡no!

Y dejé en el mismo sitio que antes ocupaba la carta que aun conservaban mis dedos, después de lo cual zambullí mi ardorosa frente en el agua, mientras en la plazoleta vecina charlaban los pájaros meciéndose suavemente entre

las enhiestas ramas de la arboleda para preservarse de los cálidos rayos que enviaba el sol de mediodía...

II

Visiblemente azorado, apreté el botón del timbre que incrustado estaba en lustrosa jamba. Sonó aquél é intenciones tuve de echar á correr escaleras abajo y no volver por aquella casa, cuando abrióse la puerta y la habitual doncella apareció, lanzándome la no menos habitual sonrisa, acompañada de un cortés saludo.

Estúpidamente pregunté:

—¿Están los señores?

—Esperándole están—contestó, mientras cerraba la álbea puerta.

Aumentaba mi turbación conforme nos íbamos acercando al comedor, donde se oía la risueña voz de mi novia en amigable coloquio con sus padres.

Salió ella á recibirme cuando la doncella me hubo anunciado, y mientras estrechaba su mano observé en su bella cara un gesto de reproche por la tardanza.

Saludé á la madre, que me acogió con una afable sonrisa, y por último, al padre, que me saludó dirigiéndome entre sonrisas palabras irónicas que querían tener cierto aspecto de broma.

Aunque llevaba estudiado mi plan, me desconcerté, y para rehacerme hice un gran esfuerzo, mientras la conversación se iba sosteniendo con frivolidades.

Las siempre irónicas palabras del padre acabaron por decidirme.

—Ruego á ustedes me perdonen el no

poder aceptar la invitación que me han hecho, pues tengo que salir esta misma tarde á ver á mis padres, de quienes he recibido un telegrama, avisándome me ponga inmediatamente en camino.

—¿Te vas?—suplicó Milagros.

Una nube surcó mi frente, y sin fuerzas para rotundamente notificarla mi decisión balbucí:

—¡Sí!... Pero por poco tiempo... en cuanto pueda...

La emoción me embargaba; procuré terminar cuanto antes.

—Conque, señores...—dije haciendo un supremo esfuerzo y aparentando una jovialidad que tenía algo de macabra—tengo que arreglar mis asuntos y me veo obligado á dejarles...

Los padres comprendieron sin duda el sacrificio que me imponía, y ofrecieronme excusas para no marchar hasta el día siguiente; pero mi voluntad se impuso y levantándome les ofrecí mi mano, que la estrecharon perplejos y admirados.

Salí como un autómeta, y Milagros, que también adivinó la verdad, me acompañó hasta la puerta, donde me dirigió la última súplica. La incrusté las sortijas que ornaban sus deditos con mi diestra febril, y después de derramar en sus oídos una también última excusa, congestionado, apoplético, bajé veloz los tramos que me separaban de la calle, donde, aspirando con delicia el cálido ambiente, me acometió un súbito deseo de volver, pero al dirigirme hácia el portal... me faltó el valor...

Rigoberto Montes Segovia.

12-2-912.

ANTE EL PALACIO

De la calle vengo...
vengo de la calle.

¡Vengo que me ahogo, de abatido y triste!
¡Vengo que parece que me falta el aire!

*
**

Ante aquel palacio
tan soberbio y grande,
en donde aletean besos y suspiros
sobre los tapices y sobre los mármoles,
donde reina el oro,
donde el lujo abate,
ante aquel palacio de dorada verja,
me citó esta tarde
la mujer más linda
que nació de madre:
fresca y bien oliente, como son los flores;
rubia y vaporosa, como son los ángeles...

Diez meses sin vernos,
diez meses distantes,
fueron menos largos que aquellos minutos
que el alma de mi alma tardó en presentarse,
y al doblar la esquina,
y mirar su talle,
y pensar en que *ella*, la mujer soñada,
era aquella misma que estaba delante,
todo mi ser quiso
con su ser mezclarse,
y, al sentir su mano presa entre las mías,
se me ardió la sangre.

Evocó el pasado
y me habló anhelante,
de sus ilusiones, de sus esperanzas,

de sus locos sueños, de sus ideales.

«—Quiero gastar coche,
seda, raso, encajes...

He de estar vestida como está la reina,
y vivir con fausto, ¿sabes?... dilo, ¿sabes?...

Se quedó callada,
me miró un instante,
y quitó sus ojos de los ojos míos
y miró á la verja del palacio grande...
y me entró una cosa
tan desesperante

que algo que era llanto me empañó la vista
y algo que era frío me pinchó la carne...

Yo volví á mirarla
y ella fué á mirarme...
No me dijo nada; pero con los ojos,
pero con los ojos dijo lo bastante.
¡Ay, qué bien se entienden
cuando son señales,
cuando son avisos de que el alma entera
rota en mil pedazos desplomada cael...
¡Cómo hablan, mirando,
su feroz lenguaje!

Como las campanas al doblar á entierro,
hay ojos que doblan á muertos ideales.

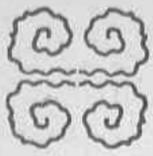
Yo enterré los míos
en aquella tarde
en que vino á verme la mujer más linda
que nació de madre.

Yo enterré los míos ante aquel palacio
tan soberbio y grande...

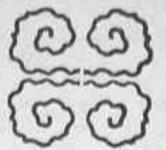
De la calle vengo...
vengo de la calle.

¡Vengo que me ahogo de abatido y triste!
¡Vengo que parece que me falta el aire!...

Cristóbal de Castro.



¿Qué hará mi marido fuera de casa?



—Vamos á ver, Lola: ¿tú sabes algo?... ¡Mujer, no me lo niegues! Yo conozco las simpatías del señor por Pepe, y el afecto que éste te manifiesta... Así, que fácil es que el criado te haya explicado el misterio de las ausencias de su amo.

Y doña *Eme* se miraba y remiraba al espejo, mientras Lola, la doncellita deliciosa y gentil, daba los últimos toques á la toaleta de su señora.

—No, señora... le aseguro á usted que no sé nada—respondió la criadita con su voz musical. Y quedó en jarras airosamente en el centro del suntuoso *boudoir*, mientras doña *Eme*, ya en pie, examinaba cuidadosamente los sutiles pliegues de su bata, de un color lila furibundo.

Era el ama de aquella mansión una señora pequeña, bastante entrada en carnes y más aún en años, que ridiculizaba tratando inútilmente de ocultar por medio de infinitos afeites y tinturas...

Se había casado con un hombre joven y sin dinero. El la había dicho un día tiernamente, mientras ella bordaba una servilleta:

—*Eme*, ¿para quién trabajan sus manos primorosas?...

—Para el que me lleve al Himeneo—respondió ella tímidamente.

—¿Piensa usted casarse?—añadió él.

—Sí, ya no soy una niña precisamente—respondió.

Y después de una pausa emocionante, el galán añadió señalando á la dama:

—¿Quién será el mortal dichoso que se coma esta manzanita?... Y calló esperando la respuesta, conmovido pensando en su patrona y en los cinco mil duros de renta que disfrutaba doña *Eme*.

—¡*Poli!*—murmuró la aludida con un hipo de felicidad—. ¡Me ha llamado usted manzanita!...

Y el diálogo aquel tuvo su epílogo en la vicaría.

—No, no sé nada—repitió la doncella—. ¿Y por qué sospecha usted de las salidas del señorito?

Entonces la señora rompió en llanto.

No, si no era que ella creyera mal hombre á su *Poli*... ¡Nada de eso! Es que... aquellas salidas tan frecuentes y aquellas estancias tan largas fuera de casa, la preocupaban hondamente... ¡Su esposo tenía, de seguro, una pena! Y eso... eso era lo que más le dolía, ¡el que no se lo contara á su nena... á su bebé, que tanto le mimaba!...

—¡Por Dios... por Dios, señora, no se aflija de esa manera! Quizás no sea nada... Alguna ocupación acaso...

Y doña *Eme* prosiguió convulsivamente:

—¡Que no me aflija! ¡Ah!, cómo se conoce que á ti ningún hombre te ha llamado manzanita, girasol y lechuguín mío, para luego, á los dos meses de matrimonio, hacer como que te ha olvidado. Porque, hija, es lo que yo digo: ¿Qué puede echar mi *Poli* de menos? Aquí no le falta nada, ni cariño, ni dinero, ni una mujer dispuesta á hacer todo lo que él quiera... Y yo, aunque me esté mal el decirlo, no soy... ¡vamos!, valgo algo, ¿verdad?

Y la criada, que envidiaba el capital de su señora, exclamó:

—Ya lo creo que vale.

**

Doña *Eme* no podía resistir más; la curiosidad y la duda la torturaban, y por fin se decidió á seguir los consejos de Lolita.

—¿Don Pipo Duro?—interrogó al traspasar la mampara de la agencia de informaciones secretas.

—Servidor de usted—murmuró inclinándose un hombrecillo esquelético, de ojos vivos, resguardados tras de las gafas asentadas en la nariz... una nariz larguísima, portentosa, de esas que huelen en todos los sitios.

—Soy doña *Emeteria* Chupangui de Pescocin.

Y doña *Eme* expuso á don Pipo el objeto de su visita.

.....
Pasaron cuatro meses... cinco meses... seis meses... *Poli* había ido

aumentando sus salidas, y hasta algunas noches su esposa se encontró sola en el tálamo.

Doña *Eme* se desesperaba. Su marido, encerrado en el más absoluto y mortificante mutismo, era para volverla loca, y para colmo, don Pipo no había mandado los informes que la ofreciera.

—¡Ah! Lola... Lola—dijo una mañana á la gracil doncellita—. Lo de mi *Poli* va cada vez á peor, y don Pipo sin parecer... Fué un timo; ¡estoy segura de ello! Ese hombre, lo único que hace es sacar unos duros para los primeros gastos.

Señora. No hay que desesperarse. Usted pidió á don Pipo pruebas concluyentes de lo que hacía el señorito fuera de casa, y eso no se averigua así como así. Don Pipo es serio y formal, y no querrá dar noticias mientras no esté cierto de ellas.

En aquel momento unos fuertes campanillazos cortaron el diálogo. Doña *Eme* gritó:

—¡Ah! Estoy segura... Me ha dado el corazón que es don Pipo. Y esperó anhelante, las manos sobre los senos robustos...

Pasó un minuto. Lola entró con un cestito cubierto con una fina servilleta.

—¡Un regalo de mi *Poli!*—exclamó doña *Eme*. Y trémula rasgó el sobre que venía encima de la servilleta y cuyo contenido decía así:

«Señora, me pidió usted prueba concluyente de lo que hacía su marido fuera de casa. ¡Me parece que más acabada que la que encontrará dentro del cestito no puede ser!

Su servidor, *Pipo Duro*»

Y cuando doña *Eme* alzó el paño del cesto, no pudo reprimir un grito de espanto.

—¡Un chico!—exclamó Lola picarescamente.

—¡¡Esto es lo que mi marido hacía fuera de casa!! ...

Y doña *Eme* no tuvo fuerzas ni para... desmayarse.

G. Morenas de Tejada.

En un baile de máscaras.

Cuando el champán se ha subido de los pies á la cabeza, vemos á un *pollo* rendido á los pies del ser querido que así la habla con torpeza:
—¡Por Cristo, mi bella dama, desprendeos del antifaz si del amor en su llama no queréis ver al que os ama morir sin ver vuestra faz!
¡Por Cristo, mi dama bella, escuchadme sin enojos y no toméis por querella el que compare á una estrella á cada uno de tus ojos!
¡Cuán perfecta es tu belleza!
¡Oh, mujer tan deliciosa, diera yo con gran largueza

de aquel Craso su riqueza por tus encantos de diosa!
¡Qué divina es tu hermosura!
Subyugas con tu mirada, como nieve es tu blancura y en tus ojazos fulgura el fuego de enamorada,
¡La de la nítida frente, la de los labios tan rojos, la del hablar balbuciente, la del cutis transparente y el bello azul de sus ojos!
¡La del pecho alabastrino, la de la mano pequeña, la del cabello tan fino, la del decir tan genuino y la nariz aguileña!
¡La que Venus envidiara si la hubiera conocido!
¡La que Nerón contemplara y presto de amor la hablara

porque de amor fuere herido!
Por tu belleza eres rosa, un clavel por tus colores, lila por lo candorosa, y al verte, mi dama hermosa, de reina hay que darte honores!
¡Oh, mi adorable trigueña, la del mirar zalamero, la de la boca pequeña, la de la cara risueña!
¿No ves que de amor yo muero?
¿Eres quizá una princesa?
¿Eres quizá una sultana?
Dí, mi adorable turquesa...
— ¡Soy Luisa, llámala la *Espesa* porque soy algo marrana!
—¿No es esto que escucho un sueño? Mas si es cierto... ¿esa voz, esa?...
— Señorito, es *usted* un *leño*.
— ¡¡Maldición!!... ¡¡Mi cocinera!!

Por la transmigración,
Sixto Pérez Calvo.

EL ZORRO AZUL

Zarzuela en un acto, letra de Antonio Heredero, música de los maestros Quisilant y Romero.

Cake-Walk

Canto

Piano

The first system of the score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a whole rest. The middle staff is the piano accompaniment in the right hand, and the bottom staff is the piano accompaniment in the left hand. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 2/4. Dynamics include *f* (forte) and *p* (piano).

Antiguiano

The second system continues the musical score. The vocal line has lyrics: "La raentiar en calor en el po - lo es cos. tumbre de buencaza-". The piano accompaniment continues with chords and melodic lines.

The third system continues the musical score. The vocal line has lyrics: "dor - - en lu - gar de to - mar de sa - yu - no bai - lar un cak walk". The piano accompaniment continues with chords and melodic lines.

The fourth system continues the musical score. The vocal line has lyrics: "Es un baile pa ti - nado y a gi - tado de ver - dad y so lo hoy q. a bando." The piano accompaniment continues with chords and melodic lines. The tempo marking *ligero* (light) is present.

Todos

narse y de-jarse resba lar. Es en riosa la cos. Tumbre q. aq. tien' el cara

The first system of music features a vocal line on a single staff with lyrics written below it. The piano accompaniment consists of two staves: the right hand plays chords and single notes, while the left hand plays a bass line with some chords. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 2/4.

Corwenga pues Don Euti - quia no

The second system continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has a fermata over the word 'quia'. The piano accompaniment includes a triplet of eighth notes in the right hand. The key signature and time signature remain the same.

el an - terti - co cai - waltz

The third system continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has a fermata over the word 'waltz'. The piano accompaniment features a melodic line in the right hand and a bass line in the left hand. The key signature and time signature remain the same.

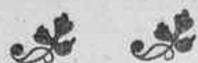
Loco: Cake Walk

The 'Cake Walk' section is marked 'Loco' and is in 2/4 time with a key signature of one sharp. It consists of two systems of piano accompaniment. The right hand plays a rhythmic melody, and the left hand plays chords and a bass line. The key signature and time signature are consistent with the previous sections.

ff baile

A handwritten musical score for a piece titled "baile". The score is written on ten systems of two staves each, with a brace on the left side of each system. The notation includes various rhythmic values, accidentals (sharps and naturals), and dynamic markings. The piece begins with a piano (*p*) dynamic and concludes with a fortissimo (*ff*) dynamic. The notation is dense and characteristic of 18th or 19th-century manuscript notation.

Handwritten musical score for piano, consisting of six systems of staves. The first five systems are instrumental piano parts. The sixth system includes a vocal line with lyrics: "Comede a la y salta". The score features various musical notations including notes, rests, slurs, and dynamic markings such as "pp" and "ff".



—¡Chico, chico, qué galante vienes esta vez! Vas á alarmar á tu primo. Por fortuna, el tío anda despacio y se han quedado muy atrás.

—Mira, Lucita: he pasado seis meses en las minas, y he sido, más que ingeniero, un Robinson subterráneo. ¡Seis meses sin Luz! Seis meses economizando sentimiento. Es natural que venga hecho un explosivo, un cartucho de dinamita. Tus ojos son la chispa...

—Viene mi marido y te corta la mecha.

Y Luz se echó á reír, de muy buena gana.

—¡Qué empeño en sacar el Cristo del marido! Como si por el hecho de adorarle, hubiera de odiar á mi primo. Pues le querría más que nunca.

—¡Vamos; tú nos amas en grupo!

—¡Perversa!

—¿Y tus amores con la Celeste?

«Principio de celos», se dijo para su capote el ingeniero.

—No sé qué te diga—contestó á su prima—. La Celeste lleva dos años en el teatro sin dar nada que decir. Diez ó doce meses duraron las relaciones con aquel médico que estuvo para casarse con ella. El desengaño le quitó hasta la última esperanza de casamiento, y ahora está á punto de perder la... paciencia.

—Es decir, que está eligiendo al afortunado *Don Juan*. En ese caso se puede apostar por ti.

—Perderías—dijo Rafael con fingida modestia—; yo no la engaño. Además, ha comprendido que te quiero, y anoche mismo me prohibió que volviera á tu palco.

—¡Hola! ¿Conque tú y yo andamos ya en lenguas?

—No, no; eso de ningún modo. Al contrario, yo he vuelto á verla precisamente por despistar á los maliciosos; mi pasión por ti debe correr como el Guadiana, por debajo de tierra.

—Pero, ¡qué subterráneo estás, primol!

A estas palabras siguió una carcajada que Luz cortó bruscamente. Detuvo el paso, irguió su hermoso cuerpo, levantó la cabeza y, sin apagar su sonrisa, miró intensamente al ingeniero, como si le bebiera las ideas.

—Pues señor—dijo echando á andar lentamente—, eres un canallita de primera clase. Estás jugando con Celeste y conmigo, seguro de que una te sirve para alcanzar la otra, ó la otra te sirve para alcanzar la una.

«Celos y amor propio», pensó Rafael. Iba á protestar, pero su prima continuó:

—Ya supongo que soy la preferida. Además, si yo resisto, la Celeste no querrá ser menos y seguirá moviéndome los huesos; y entre ella y tú acabaríais por dar un disgusto á mi pobre Pepe, que no lo merece.

Luz decía esto como quien piensa en voz alta y liquida á sus solas una situación difícil, á fin de adoptar una resolución.

Rafael, sin saber qué decir, se limitó

á apretar el brazo de su prima, y le pareció sentir un estremecimiento.

—Bueno; te suplico que dejemos la conversación.

—¿Sin más?

—¿Qué más, sino que tendré que hacer por ti lo que no haría por nadie?

—¡Luz de mi vida!

—Precisamente para que no nos murmuren, ¿no es esto?

—Exactamente.

—Pues esta noche, después que hayamos visto á tu Celeste en la obra nueva..., lograrás tu conquista. ¡Chist! Tu primo y el tío se acercan.

II

Es fuerte cosa eso de estar representando y ver en un palco al hombre á quien se ama en compañía de una rival que goza de su triunfo con la embriaguez que á las mujeres ofrece la venganza.

¿Le ve usted? ¿Le gusta á usted? ¿Se pirra usted por sus patillas ó sus bigotes y por su sonrisa y por su manera de atusarse el pelo? Pues es mío; me lo llevo, y reviente usted, si quiere; y además, ¡diviértanos usted mientras llega la hora de cenar, hermana!

La Celeste estaba ciega de ira.

Cada vez que salía á escena, Luz se inclinaba hacia su primo, le hablaba al oído, le daba golpecitos con el abanico, reía como una loca.

Celeste hubiera saltado de buena gana á las butacas, hubiera subido al palco y cosido á puñaladas á Rafael, á Luz, á Pepe y... al acomodador.

—¡Pobrecilla!—pensaba Rafael—; está tragando más veneno que hay en la botica. Pero, ¡qué remedio! Es el precio que mi prima pone á su rendición...

Por fin estalló el escándalo al final del segundo acto. Celeste, en vez de decir «¡que muera!», dijo «¡que muerda!»; y el público, ya muy disgustado, se desató.

Empezaron á tirar cuartos á la escena: un espectador apuntó con una *perra gorda* á la cabeza del director de orquesta, que era calvo, y la convirtió en melón; el pobre hombre se metió, dando alaridos, debajo del escenario y fué á tropezar con las piernas del apuntador, el cual, oyendo gritar «¡perros! ¡perros!», y sintiendo que le andaban en las pantorrillas, saltó despavorido al tablado, á tiempo que caía el telón, que por poco le mata...

Celeste se había desmayado.

—El éxito de mi plan es ya seguro—pensó Luz.

III

De telón adentro, durante el entreacto, sólo faltó el público. La comedia no podía ser más completa ni más *vivida*.

Celeste fué transportada á su cuarto entre el empresario, que la cogió por los brazos, y el traspunte, que la cogió por las piernas.

Se buscó al médico de la Empresa, que, como de costumbre, no pareció por ninguna parte.

En cambio *surgieron* veinte médicos, entre autores y contertulios de la Dirección, que dispararon veinte recetas, cuyo texto, por fortuna, era el mismo: «*Mixtura antiespasmódica*».

El cuarto se inundó de éter, Celeste se calmó, salieron los curiosos y el empresario comprendió que había llegado el momento de la batalla.

Entre la actriz y él había más concordancia de pareceres de la que fuera menester.

—¡Si hubiera otra de quien echar mano! Pero ya sabe usted que no hay ninguna: si usted no acaba la obra, hay que suspender la función.—Celeste estaba de todo punto conforme con esta opinión del empresario. Este añadió:

—De manera, Celestita, que eso ya pasó, ¿verdad? Usted hará un esfuerzo esta noche... ¿que no? ¿Pero no ve usted que revienta usted la obra y revienta á la Empresa?...

—¿Pero usted no ve cómo está ese hombre en el palco—interrumpía la otra—, mejor dicho, cómo está esa mujer?...

Ninguno veía lo del otro; había concordancia de cegueras. El empresario llegó á impacientarse.

—¡Qué me importa á mí del ingeniero!—dijo mientras desahogaba cuatro adjetivos en un resoplido.

—Y ¡qué me importa á mí del público!—gritó Celeste.

Hasta aquí llegaban las concordancias. Celeste quería marcharse; el empresario hubiera querido que fuese una niña de seis ú ocho años, ó por lo menos que se dejase administrar lo que reciben las niñas con más frecuencia que los dulces.

Por fin, Celeste se resignó á seguir tragando veneno. ¡Oh, armonía de los negocios humanos! el empresario era feliz y salió del cuarto bailando de contento.

IV

—Dile á Pepe que tienes que hacer y no salgas con nosotros—dijo Luz á su primo—. Andrés, el lacayo, te aguarda á la puerta del teatro, para indicarte el coche en que debes esperar.

—Pero, ¿cuál es tu plan?

Luz no contestó.

Rafael, antes de que acabase la obra, abandonó el palco, encontró á la salida al lacayo de su prima, le siguió y se metió en una berlina de alquiler, cuya portezuela abrió el criado.

Y ya no pasó más, ni vió que Andrés volvía á entrar en el teatro por la puerta del escenario, muy cerca de la cual estaba la berlina de punto.

Pasaron quince minutos. Salfa la gente, rodaban los coches, pregonaban periódicos. Bruscamente tiraron de la portezuela y el galán se encogió, presa de la emoción y del miedo.

Una mujer subió al carruaje, se arrojó en los brazos de Rafael, le estrechó furiosamente y le bañó la cara en llanto.

Era Celeste...

F. Serrano de la Pedrosa.

DESENGAÑO

Las cortinas de lona, corridas bajo los cristales que cubrían el techo del estudio, cerraban el paso á los rayos del sol durante las horas calurosas y enervantes de la siesta. En los caballetes, lienzos á medio terminar unos, manchados otros, los más dibujados apenas, daban idea de la abulia del habitante del estudio. Sólo en el centro de la habitación había uno que ostentaba un lienzo cuidadosamente cubierto por una tela blanca.

Sentados en una butaca dando frente al lienzo cubierto, Luis y Ricardo charlaban mientras consumían á pausadas succiones riquísimos habanos. Era la de Luis una figura débil, pero armonizada, elegante. Flexible en los movimientos, despreocupado sin afectación en los ademanes, se adivinaba en él al hombre de mundo habituado al trato social. Su rostro moreno, totalmente afeitado, bajo el cabello que se peinaba á raya en medio, tenía algo del pierrot funambulesco y el galán joven de nuestras comedias modernas. En su boca había constantemente una sarcástica sonrisa que denotaba cansancio y hastío. El mirar brillante de sus ojos negros—única nota de vida en aquel semblante donde se retrataba el tedio—se adormecía como en un sueño, contemplando las espirales de humo del cigarro. Ricardo era el contrasentido de su amigo. De estatura baja y complexión robusta. El rostro de facciones duras y su mirar torvo, hacían adivinar en él un escéptico de temperamento fuerte y enérgico. Retorciéndose las guías de su bigote rubio y cruzando una pierna sobre otra, preguntó á Luis en tono de burla:

—Y de Carmen, ¿qué? Es extraño que en dos horas que llevo á tu lado no me hayas hablado de ella.

—¡Pchis!—respondió Luis—. Así, así. Regañamos hace dos noches

—Pero será una riña pasajera; no te creo capaz—y esto es lamentable—de estar mucho tiempo sin ella.

—Tal creo; ayer la escribí y espero su contestación. Pero no me parece que sea lamentable nunca el querer...

—Hombre—atajó Ricardo—, enamorarse de una mujer hasta el punto que tú lo estás, es siempre lamentable. Según sea la mujer, es más ó menos. Tu caso pertenece al número del más.

—Bueno, no discutamos una cosa por la cual saldríamos regañando. Te he invitado á comer para que veas mi última obra, y ya es tiempo de darte la sorpresa.

Y uniendo la acción á la palabra, Luis recorrió la tela que cubría el caballete, dejando el lienzo al descubierto. Ricardo, sorprendido, levantóse y avanzó hacia el cuadro. Sobre un fondo de claro-oscuro, se destacaba una silueta de mujer colocada de perfil, con el rostro de frente en una ligera inclinación de cabeza. La falda, recogida con la mano izquierda, dejaba adivinar las curvas impecables de los muslos. El vestido, azul con dibujo blanco, se recortaba en el fondo del cuadro. Un cuello de encaje inglés, sin transparente, apenas velaba los encantos del es-

cote. El «boa» de pluma, gallardamente caído de los hombros se tendía á lo largo del busto por debajo del brazo que sustentaba la falda. En el círculo negro que pintaba el ala del sombrero «pastora», surgía el rostro densamente pálido, tocado de leve carmín en las mejillas. Los ojos negros se entornaban ensoñantes, y los labios rojos se entreabrían en un mohín melancólico y triste.

—¿Qué te parece?—preguntó Luis así que hubo gozado un momento de la sorpresa de su amigo.

—Realmente maravilloso. Basta haber visto una vez á Carmen, para reconocerla en este lienzo. Una verdadera obra de arte.

—Y esta mujer, que podía hacerme producir tantas, me quita ánimos para el trabajo no queriéndome murmuró Luis dejándose caer en la butaca.

—No, ella no te quita ánimos; eres tú que te amargas la vida. Tienes la desgracia de ser un romántico, un sentimental, y no puedes ser feliz con ella. Carmen es una mujer agradable para amante; pero de ahí á pedirle sentimentalismo, á querer que sienta como tú, hay una gran distancia. A las mujeres hay que tomarlas como son; no se las debe pedir más de lo que pueden dar: ese es el secreto para ser feliz con ellas. Ya te lo dije cuando me enteré de tus relaciones con ella: «No trates de idealizar nada en Carmen, porque sufrirás mucho.»

—Conozco el sistema. Meses antes de mis relaciones con ella, decía yo eso mismo que tú me dices, á un amigo que entonces estaba en el mismo caso. Para aconsejar, no hay nada como no sentir.

—Es cuestión de temperamento. No nos pondremos de acuerdo, porque vemos las cosas de distinto modo. Los platonicismo con cierta clase de mujeres me parecen de un *cursi* aplastante. ¿Qué dirías si en estas mañanas de primavera me vieras salir á la Moncloa del brazo de Consuelo á saludar el amanecer?

—Ni en broma siquiera te tolero que las compares, Ricardo—respondió Luis en tono áspero—. Carmen tiene un alma grande, tiene temperamento, es capaz de sentir, de llorar, y todo el que sabe llorar sabe querer. Siente la tristeza; ve, lo está diciendo su mirada.

—No quiero discutirle esa sensibilidad que tú le atribuyes. Es posible que tenga ese alma que tú dices. Pero si la tiene, por el género de vida que lleva, por el círculo en que se mueve, en ese ambiente perverso de *café-concert*, exhibiéndose ante un público repugnante en fuerza de ser grosero, esa sensibilidad ha de estar atrofiada, ese alma ha de estar dormida.

—Esa es mi ilusión, ese es mi ideal, eso es lo que me haría feliz. Sacudir esa sensibilidad, despertar ese alma. Formarla como yo la veo, como yo la he soñado, como yo la quiero. Y entonces, cuando hubiera hecho todo eso, poderla mostrar con el orgullo con que enseño un cuadro que todo el mundo me alaba. Poder decir á la turba de imbéciles que ahora le pide la repetición de un cuplé obscuro: «Lo que ninguno habéis visto en esta mujer, lo he visto yo. Los sentimientos que vuestros despreciables deseos habían matado en su cora-

zón, yo los desperté. Y ahora sabe sentir, ahora sabe llorar, ahora sabe querer.»

—Luis, todo eso sería muy hermoso, si fuera realizable. Lo mismo que una gota de tinta cayendo en la nieve desaparece, así mueren los sentimientos de esas infelices. Esa vida de orgía que para ti es tan despreciable, para ellas tiene sus encantos. Entre un señor que las invite á una botella de champagne y las diga cuatro procacidades, que ellas responden con el desgranar de su risa fingida, y otro que las diga bellas cosas de las noches de luna, los crepúsculos violeta y las fuentes cantarinas, las gusta más el primero. Las mujeres prefieren que se las haga reír á que se las haga pensar. Esto será muy doloroso, pero es cierto.

La entrada en el estudio del criado interrumpió la conversación de los dos amigos. Traía un sobre en la mano, que entregó á Luis.

—De Carmen—dijo mirando la letra. Y luego:—Con tu permiso, Ricardo—Rasgó el sobre con impaciencia. Después de pasar con rapidez la mirada por las pocas líneas escritas, exclamó:—¡Esto es horrible, verdaderamente inverosímil! ¡Yo no he dado motivo para ello!

—¿Qué te pasa?—interrogó Ricardo.

—Escucha—continuó Luis, empezando á leer—: «Luis: siento decirte que no te molestes en venir por mi casa, ni intentes verme, pues será inútil. Nuestras relaciones quedan terminadas. No te molestes en escribirme, porque no te contestaré. Creí que podría llegar á quererte; pero veo que es imposible. Sin más, se despide tu afma., Carmen.»

—¡No puede llegar á quererme!... Las mujeres no son francas más que en la ruptura.

—Mira, es un bello gesto; pero no me resulta todo lo franca que tú crees. Ha debido decir que no te puede querer, porque no ha llegado á comprenderte.

Luis en un gesto desesperado arrugó la carta y la metió en un bolsillo. Recorría la habitación á grandes zancadas, tropezando con todo, desarreglándolo todo, en una desesperada excitación. Al cabo de un rato se paró delante de su amigo.

—¿Me acompañas?

—¿Dónde?

—A casa de Carmen.

—Pero... ¿Todavía?... Después de esto...

—Sí, quiero tener una entrevista con ella. Te juro que será la última; pero necesito una explicación...

—La carta está bien clara, no creo que necesite explicación—repuso Ricardo—; pero, en fin, vamos.

Los dos amigos salieron. Cuando llegaron á la calle, pasaba un coche desalquilado. Luis lo detuvo y ordenó al cochero: «Cruz, 16. ¡A escape!...»

*
**

En el gabinete perfumado y coquetón, tendida sobre un sofá, Carmen, con un libro en la mano, se adormecía vencida por el calor. Una bata de seda azul aumentaba su belleza inquietante. El abrir de la puerta y una voz conocida que la saludaba la sacaron de su abstracción.

—¡Hola, perezosa!—dijo la recién llegada—. ¿Cómo estás?

—Ya lo ves—repuso Carmen haciendo ademán de incorporarse.

—No, no te molestes; mesentará aquí a tu lado—y lo hizo en una butaca próxima al sofá.

—Bueno, Aurora, y ¿cuándo has venido?

—Ayer, hija. No dirás que tardé en venir a verte.

—Y qué, ¿tuviste éxito?

—Regular. ¿Y Luis? Creí encontrarle aquí.

—Pues ya ves, no estás... Pero no te apures, no tardará. Acabo de mandarle el cese y vendrá a ponerse en ridículo.

—Eres cruel; cómo abusas de que te quiere.

—Créeme que no me interesa su cariño. No creo que me quiera tanto como tú supones; pero si es así, peor para él; mi resolución es irrevocable.

—¡Tan feliz como podrías ser con él si no fueras tan loca!... ¿Por qué habéis regañado?

No confundas. Porque me he cansado, que no es lo mismo.

—Bueno, ¿por qué te has cansado?

—Hija, es insoportable. Tiene unos celos absurdos. No está contento nunca. Le molesta que me ría, que haga chistes verdes... En fin, un horror.

—¿Ves cómo te quiere? Todo el que

no te haya pedido celos, el que no haya intentado corregirte, no te ha querido.

—¿También vienes moralizadora? En cuanto venga, te dejaré sola con él. Haréis buena pareja.

—No es moralizar, es decirte la verdad.

Un campanillazo sonó en la antesala.

—Ya está ahí—dijo Carmen—. Mira, si no te molesta, déjame sola con él.

Aurora desapareció por entre las cortinas de encaje que ocultaban la puerta de la alcoba, casi al mismo tiempo que Luis, abriendo violentamente la puerta, penetró en el gabinete.

—Hola—murmuró Carmen despectiva al verle entrar.

—¿No te sorprende mi llegada?—dijo Luis sentándose.

—No, la esperaba.

—¡Ah! ¿La esperabas? ¿Y qué motivos has tenido para escribir esa carta?

—Bien claros están en ella: que no te quiero.

—¿Y lo dices sin alterarte siquiera?

—¿Para qué? La culpa no es tuya ni mía. Tú has hecho lo posible porque te quiera, yo, te juro que he puesto cuanto ha estado de mi parte para quererte. ¿No hemos llegado a comprendernos? ¡Qué le vamos hacer! Paciencia.

—¿Es tu última resolución?

—La última.

—Piénsalo bien.

—Lo tengo bien pensado. Precisamente por eso te decía que no vinieras. Por no verme en la necesidad de decírtelo en tu cara.

—Es monstruoso. ¿Y has tenido valor de fingirme caricias que no sentías?

Y Luis, avergonzado, hundió la cara entre las manos, para ocultar el llanto que subía a sus ojos. Al poco rato se puso en pie. Ya en medio de la estancia, se volvió hacia ella.

—No te volveré a ver más... ¡Adiós!

—No creo que es preciso—exclamó ella tendiéndole la mano—. Porque hayamos dejado de ser novios, no vamos a dejar de ser amigos.

Luis avanzó, para estrechar la mano que Carmen le tendía. Al sentir el contacto de aquella carne que tantas veces cubriera con sus besos, su corazón latió con violencia, un sollozo se ahogó en su garganta, y habló con voz entrecortada:

—Oye una confesión, que no debiera hacerte porque no te lo mereces. A pesar de todo... te quiero todavía.

Soltó la mano de Carmen y rápidamente, como temiendo que le faltara valor para irse, cruzó la habitación. Ya en la puerta, volvió a ella su mirada de súplica. El eco insultante de una carcajada fué la respuesta.

Diego Martín del Campo.

SECRETOS

Me hacen mucha gracia los menguados de espíritu que se acercan a un su amigo murmurándole con aire misterioso:

—Le voy a confiar a usted un secreto; pero, ¡caracoles!, ¡no se lo diga usted a nadie!... —Y luego se mesan el cabello y tragan zumo amarguísimo de limón y maldicen de la humanidad y de los amigos porque *aquel* don Fulano no supo guardarles su secreto. Lo cual es tonto, porque si el interesado no puede callar lo que le importa tener bien oculto y disimulado, ¿con qué derecho exige a los demás que le protejan y encubran?...

Todos los años los almanaques de pared publican el siguiente diálogo:

«—¿En qué mes hablan menos las mujeres?

—En el de Febrero, porque es el que tiene menos días...»

Otro tanto podría aplicarse a los hombres: los hombres lo charlan todo, sin pararse nunca a medir el alcance de sus necias confesiones: unos lo hacen por *pose* (como dicen los franceses), por ser héroes de algo, aunque la aventura que se atribuyen sea insignificante; por hacerse acreedores mientras hablan a la atención de los compañeros con quienes están; otros por echarlas de individuos bien informados, que saben penetrar en la intimidad de sus amigos; ó acaso por el innoble contento de hundir una reputación ó empañar una honra. Así, verbigracia, vamos por la calle con uno de esos individuos que se creen

obligados a estar al corriente de todo, topamos con una señora y un caballero que nos saludan; nuestro amigo se quita el sombrero hasta los pies, al mismo tiempo que nos toca disimuladamente con el codo y pensamos: «Historia tenemos.» Y, en efecto, el amigo se vuelve hacia nosotros, diciendo con aire misterioso:—¿La conoces?

—No.

—Es la de Martínez; Adela Martínez... ¿recuerdas?...

—Todavía, no.

—Hombre, sí... Aquella mujer por quien Paco X. estuvo a punto de pegarse un tiro, y con la cual huyó antes de que ella se casase con el hombre que hoy es su marido...

—¡Caramba, sí... ya me acuerdo!

—Pues ahí la tienes, casada con un banquero y hecha una princesa. Pero, ¡por Dios!—añade—, tú nada sabes; esto queda entre nosotros.

Lo peor del caso es que, aun cuando no demos fe a las palabras del calumniador, ni hayamos creído jamás en las románticas aventuras de Paco X., ni olvidamos el semblante de *la acusada*, ni los horrores que de ella nos contaron, y en cuanto la vemos en la calle ó en el teatro, nos colgamos al brazo del amigo que nos acompaña para murmurar.

—¿Conoce usted a X.?

—No. ¿Quién es?

—Un amigo mío. Le hice a usted esa pregunta porque aquella joven que va por allí tan elegante, y que actualmente es mujer de un banquero, fué querida suya.

—¡Trómpolis; cuénteme, cuénteme usted eso!...

—¡Oh, verá usted!—exclamamos entonces llenos de gozo—; se trata de una aventura originalísima...

Luego, y mediante promesa formal de que aquello ha de quedar «entre nosotros», referimos cuanto sabemos y aun ponemos por cuenta propia algunos detalles que no suelen ser los más inocentes; más tarde, el enemigo, aun sin creerlo va refiriendo por ahí, y siempre con la mayor reserva, lo que de labios nuestros oyó, y así la *horrible masa* de la difamación y del escándalo, rueda y rueda... Digo todo esto porque hace pocos días un querido compañero que iba a escaparse con su novia, tuvo la debilidad de explicar su proyecto a un amigo suyo; éste se lo dijo a un tercero y éste a un teniente de la guardia civil, de quien era camarada.

—Antes que individuo de la benemérita eres hombre de corazón y de pasiones—empezó diciendo—; si así no lo creyese no descubriría un secreto de que dependen la libertad y la dicha de mi mejor amigo. Has de saber...

De esto ha resultado que los pobres tortolitos se hallan actualmente separados y a *la sombra*. ¡Y luego hay filósofos campanudos que defienden la *finalidad* útil de las cosas!

¿Pueden ustedes decirme para qué sirven las lenguas de hacha?...

Punto-NEGRO.



INFORMACIÓN TEATRAL



MADRID

Sigue la racha de estrenos.

—¡Ya, ya!... En el afortunado y coquetón teatro Cervantes (que debiera llamarse teatro de Cervantes) vi el estreno del juguete cómico de Celso Lucio y Muzas, titulado *La última carta*, que agradó á la concurrencia extraordinariamente, siendo muy elogiado el trabajo de los principales intérpretes, la Sra. Toscano, y Sres. Simó-Raso y Juanito Renovales, que ambos á dos forman una pareja de excelentes comediantes.

—Pocos días después de *La última carta*, que escribieron (léase estrenaron) Celso Lucio y Muzas, el distinguido cronista del *Heraldo* León Boyd (léase también Enrique Casal) nos dió á conocer una obrita muy discreta y astronómica por su título *Eclipse de sol*, (léase tal y conforme está escrito...) que llegó á puerto de salvación sin sufrir ningún percance durante la travesía.

—Que es lo que indudablemente pretendería el autor.

—Sin embargo, más satisfecho habrá quedado de su otra obra *Los pretendientes*, que de *El eclipse de sol*.

—Es posible.

—En Lara, López Marín, nos presentó un *Marido modelo*.

—En los tiempos que corremos, y en vísperas de Carnaval, no te figures que es fácil dar con un modelo del todo...

—No salgas por los cerros de Ubeda... te se ruega. El *Marido modelo* del que hablo es un juguete...

—Si es un juguete, está explicado lo de marido modelo...

—¡Y dale bola!... Es un juguete cómico en un acto que hace dertornillar de risa...

—A las mujeres...

—Al público en general... Interrumpes más que Soriano en el Congreso... Yo por lo menos pasé un rato delicioso, y aplaudí al autor y á los intérpretes...

—No me extraña aquella noche hacía frío...

!... ¡Sras. Alba y Garcerá, Sta. Moneró, y á los Sres. Barraycoa, Maurice y Mora.

—Como tú me has dado palabra de no ir á Martín, yo he estado á ver el estreno de *A fuerza de puños* con objeto de transmitirte mis impresiones.

—¿Cuáles son las de esa obra de Castillo, Burgos y Saco del Vall?

—Las siguientes: Un melodrama que deja tamañito al *Aventurero*, y que sino rompe moldes por su argumento, tampoco deja de despertar curiosidad en el público, que atento sigue la acción, y al final rompe en clamorosas ovaciones.

—Con vuelta al ruedo, oreja, y toda la pesca

—Confundes el teatro de D. Mariano, con el circo tanrino de D. Indalencio.

—Pa el caso es lo mismo...

—Severp Uliverri desconocido...

—¡Siga la broma!...

—En serio. Estuvo hecho un acto-razo.

—Bejarano bien; Palomino...

—¿Y la «incomparable» Eulalia Uliverri?

—No también como su hermanito; pero, según se van poniendo las cosas... puede pasar...

—Adelante... ¿Es cierto que ésta hermosa artista se va á América?

—Te recordaré aquello de:

«Si es broma puede pasar pero á ese extremo llegada»...

—Yo lo terminaré:

Se me antoja una «gansada» que la hayan de contratar...

—¿Y qué me dices de *El Bobo*, comedia en tres actos, premiada por el Ayuntamiento, estrenada en el Español?

—Que merecía el premio otorgado, como yo una mitra. ¡Se han lucidos los señores del jurado en primer término!...

Los autores de la obra, D.ª María Valero y D. Mariano Mazas, han escrito una obra por entregas, sin hilación y sin firmeza, ni razonados fundamentos en la acción, y los personajes están tratados muy á la ligera, algo distanciados de la realidad.

A pesar de esas apreciaciones tuyas, la comedia se aplaudió.

—No amigo, lo contrario, y deseo de todas veras que ese matrimonio, que ha hecho las primeras armas en el teatro, en forma tan solemne, obtenga en lo sucesivo, lisonjeros éxitos en obras sucesivas que estrenen.

—La ejecución...

—¿Quieres que te lo diga en secreto? ¡Un desastre! En algunos momentos, la señorita Suárez puso á prueba su talento; Borrás, deficiente, desentonado, desconocido. Sigo en mis trece; el insigne histrión, en cuanto se sale del repertorio de producciones catalanas. ¡A morir los caballeros!...

—Es de lamentar.

—Yo el primero; pero la verdad no admite disculpas.

—No, no, hay que reconocerlo...

—Eduardo Marquina, ha vuelto á triunfar en la Princesa.

—Sí, señor; con *El rey Trovador*, una preciosa trova dramática en cuatro actos, que obtuvo favorable y entusiástica acogida. El joven é ilustre poeta ha realizado una labor importantísima al escribir tan encantador poema.

—¿Crees tú que puede compararse *El rey Trovador* con *En Flandes se ha puesto el sol*?

—Si no en todo, en parte; la segunda

obra que citas resulta más teatral que la que conocimos el martes; pero en las dos se escuchan con embeleso, los prodigiosos sonos de la mágica lira del galante trovador, del poeta que la pulsa, de Marquina, en una palabra.

—María Guerrero...

—Inspiradísima, encantadora, sentimental, la notable actriz de siempre. Díaz de Mendoza y Thullier...

Como la primera actriz de Europa la señora Guerrero, dignos del mayor elogio. La labor de ambos fue objeto de sinceras manifestaciones de entusiasmo.

—En segundo término...

—Muy bien Josefina Blanco, María, Cancio y los señores, Cirera, Yuste, Gonzálvez, Montenegro y Guerrero.

—La obra, admirablemente presentada.

—Como todas las que se presentan en aquella casa; eso ya es hartito sabido.

—¿Y qué me cuentas de *El príncipe Casto*, estrenado en Apolo?

—Pues la verdad en pocas palabras. Que la nueva zarzuela en seis cuadros, de Arniches, García Alvarez y Quinito Valverde, fué un éxito completo desde la primera escena; que el público se cansó de reír y aplaudir á los autores, y que en Apolo ¡gracias á Dios! ya han encontrado la obra que les estaba haciendo falta.

—¡Vamos! Nunca es tarde si la dicha es buena.

—El libro es entretenido, no decae la acción en ningún momento; el final del cuadro tercero produjo en la sala extraordinario regocijo; la situación cómica muy bien preparada, en que Moncayo tiene que dar á uno, por que sí, una bofetada, y armar un tremendo escándalo; nos hizo á todos desternillar de risa.

—¿Y la música?

—Pues, mucha y buena. Quinito, que dirigía la orquesta, ¡qué se yo las veces que tuvo que saludar al respetable, en acción de gracias!...

—¿La interpretación?

—Excelente; Moncayo, en primer lugar, trabajó con cariño y entusiasmo. Pilar Pérez, muy guapa y elegantemente vestida, sobresalió mucho en su importante papel; la Isaura confirmó su reputación de excelente tiple cómica; Videgáin y Crespo, tampoco descompusieron el cuadro. Las decoraciones de Gary muy bonitas.

—Ya te habrás enterado que se ha celebrado esta semana el séptimo beneficio de los autores de *La corte de Faradón*, con las 700 representaciones.

—Una tontería!... Buen provecho les haga el dinero ganado á los señores Perrín, Palacios y Lleó, y hasta las 800... Que sea enhorabuena.

Colirón.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

Elegancia, Surtido y Economía

PRECIO FIJO ☼ 12, MARIANA DE PINEDA, 12 ☼ PRECIO FIJO

COMPRE Vd. LOS DOMINGOS

el gran semanario ilustrado

Para todos

Colaboración de los más reputados

Escritores y Artistas

Cuentos, Historietas, Caricaturas, Teatros,

'Amenidades, Sports, Modas,

Curiosidades, Pasatiempos, etc.

16 GRANDES PAGINAS CON NUMEROSOS FOTOGRAFADOS

10 CÉNTIMOS, 10



-¿Y usted cuándo se casa, Arturo?

-Cuando las mujeres nazcan sin necesidad de madre.